



Alice Kellen

Sigue
lloviendo

 Planeta

Alice Kellen

Sigue lloviendo

Víctor, 2025

Es ella. Siempre ha sido ella. Y está ahí sentada, con esa serenidad suya capaz de mutilar las palabras y abrir silencios llenos de significado. Se mantiene inmóvil como un animal que agoniza y sabe que su única esperanza pasa por mantener la calma. Tiene las manos sobre el regazo, los hombros rectos y la barbilla alzada. Como si se rebelasen contra la perfecta pose, algunos mechones de pelo han escapado de la coleta y caen lacios, enmarcando su rostro ovalado, hasta casi rozar la cadena dorada que rodea su cuello. Esa cadena. Fue mi regalo en su penúltimo cumpleaños.

—Señor Ojeda, puede sentarse en el asiento de enfrente.

La voz impersonal del abogado me persigue mientras sigo sus indicaciones. Trago saliva. Me froto el mentón una, dos y tres veces. Cojo una gran bocanada de aire. Y, entonces, la miro. Nos quedamos suspendidos en el hilo que va de mis ojos a sus ojos, ese hilo

que tiempo atrás estuvo tejido de risa, de intimidad y de amor, pero que ahora es frágil. Tanto, que su mirada se tambalea y a mí me embarga la angustia.

—Sara...

Pero en la última letra de su nombre acaba todo, porque no sé cómo seguir y noto la boca espesa por culpa del alcohol y la desolación de la pasada noche.

—Por lo que veo, sigue pensando que no necesita un abogado —dice el hombre sin dejar de toquetear con los dedos el botón superior de la americana que viste.

—Ya acordamos que ella se quedaría la casa y la mitad de los ahorros.

—Sí. Y mi clienta le abonará la mitad del valor de la vivienda. —Se lleva un dedo a los labios cada vez que pasa una hoja del montón de papeles.

—No lo quiero —digo.

Sara presiona los labios.

—Víctor, hagámoslo fácil.

Ajeno a la tensión, el abogado interviene:

—En caso de que quiera renunciar a la parte que le corresponde, se debería tramitar como una donación y...

—Ya basta —dice Sara.

Su voz me sacude. El tono es suave pero firme. Al oírla hablar, la gente que la conoce poco suele pensar

que es una mujer fría. Los que hemos buceado en ella sabemos que es como una chimenea encendida en medio de un temporal de nieve.

—No me debes nada. Quiero que te quedes el piso.

—Y yo quiero que hagamos las cosas como deben hacerse.

Los ojos del abogado se pasean de un lado al otro de la mesa.

—Los papeles ya están preparados —dice ella—. Fírmalos, por favor.

Es un ruego. Quiero complacerla, de verdad..., pero no así. Sin embargo, sé que no cederá, no lo hará. Es testaruda y competitiva, sobre todo cuando entra un juego de mesa en escena. Recuerdo a menudo las tardes que pasábamos en casa delante de un tablero y me aferro a los detalles: su vista de halcón, la forma minuciosa que tenía de mover las fichas, las arrugas que aparecían en su frente cuando iba perdiendo. Ahora todo es pasado. Un pasado cubierto de polvo y oscuridad.

Atrapado en el aséptico despacho, deseo con todas mis fuerzas poder entrar en su cabeza, escarbar entre las ideas y manejarlas a mi antojo: eliminar el dolor, volcar cubos de pintura de colores sobre las zonas grises y reparar todo lo que está roto.

Pero es imposible.

No podemos volver atrás y atrás y atrás...

—Terminemos con esto —susurra Sara.

El dolor sigue inundando sus ojos. Puedo verlo. Y también las ojeras que ensombrecen su mirada, la piel tan pálida como apagada y los huesos de la clavícula que se dibujan más que nunca. Lo que me impacta es que no intenta esconder su fragilidad. Cuando estábamos juntos, Sara era capaz de representar una obra de teatro delante de los demás. Menos conmigo. Conmigo siempre fue de verdad. Me dejó conocer los entresijos de su mente, los miedos y las tinieblas, las dudas y las angustias. Y a mí me gustaba todo de ella. Absolutamente todo.

Un mundo lleno de luces y sombras.

—Dame algo a cambio —digo.

El abogado tose con incomodidad.

—¿Qué es lo que quieres?

—Una cena. Una despedida.

Sara lo piensa unos segundos.

—Está bien: una despedida.

El abogado desliza los papeles del divorcio por la pulida mesa de madera hasta colocarlos frente a mí; después, me tiende un bolígrafo. Cojo aire e intento ignorar el dolor que me provoca ser consciente de que estoy a punto de perder lo único que me queda en el mundo. Mi mujer. Es decir, el futuro imaginado.

Esos planes que hacen todas las parejas en algún momento, de forma difusa, y que adquieren nitidez cuando sabes que ya no llegarán: los viajes soñados, las metas compartidas o la jubilación en una casa a las afueras; ella leería por las tardes en el porche; yo me dedicaría a cultivar un huerto. Poco importaba que fuésemos dos urbanitas consagrados, era tentador imaginarnos entre abejorros y tés compartidos y tomates rojos y gordos recién cogidos.

No leo nada y voy directo a la última página. Miro a Sara una vez más, pero ella juguetea con los dedos con la cadena que rodea su cuello. Hasta este instante, no había advertido que ya no lleva puesta la alianza de bodas. No debería sorprenderme.

El trazo de mi firma es desganado.

Luego, me pongo en pie y me apoyo al notar que me tambaleo un poco. No pienso volver a beber. No pienso hacerlo. Me lo repito para convencerme de lo imposible. El ardor en la garganta es insoportable, aunque no sé si se debe al alcohol o a la indiferencia que encuentro en ella.

—¿Te va bien mañana, sobre las ocho?

—Sí, de acuerdo —contesta Sara.

—Pasaré a recogerte —le digo.

Me doy cuenta de que todavía sostengo el bolígrafo y lo tiro sobre la mesa. Salgo del asfixiante despa-

cho sin decir una sola palabra más. Tampoco podría haber pronunciado ni un simple «adiós», porque siento que me ahogo, como si algo me aplastase contra el suelo. Camino a trompicones por el bufete de abogados, paso de largo los ascensores y bajo las escaleras de dos en dos. Cuando salgo a la concurrida calle del centro de Valencia, alzo la vista y me concentro en el azul cobalto del cielo, en las nubes de espuma, en los pájaros que levantan el vuelo..., en cualquier cosa, cualquier cosa que no tenga nada que ver con lo que acabo de dejar atrás.

Odio las putas despedidas.

Sara, 2025

—¿Estás bien?

Tomo aire antes de girarme hacia mi abogado. Parece preocupado. No, no preocupado. Apenado. Esa es la palabra. Detesto la compasión que encuentro en sus ojos porque me hace sentir como una mujer diminuta que se encoge y se encoge hasta alcanzar el tamaño de una hormiga que termina por deshacerse en partículas invisibles que se pierden en el universo.

—Sí, tranquilo. —Me levanto y guardo los papeles que me tiende con gesto afable. En el interior del bolso, el teléfono vibra con insistencia. Lo cojo y leo por encima los últimos mensajes. Todos son de mi hermana.

El abogado me mira con el ceño fruncido.

—Para cualquier cosa que necesites...

—... te llamaré —concluyo.

—Eso es. Cuento con ello.

Me acompaña a los ascensores del edificio y aguar-

da a mi lado hasta que me meto en el interior del cubículo. Ya no soy una hormiga al borde de la extinción, ahora soy una astronauta que se encuentra en una cápsula y vaga por el espacio entre las estrellas y el vacío. Al menos, hasta que oigo un pitido y las puertas se abren con un chirrido. La vida me empuja hacia delante. Salgo del ascensor.

Ya en la calle, mi hermana vuelve a llamar.

No puedo seguir ignorándola. Descuelgo.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido bien?

—Sí. Todo perfecto —miento.

—¿Quieres que pase a recogerte? Podríamos ir a comer a ese restaurante del Carmen que te gusta tanto, el que tiene las mesas amarillas, ¿te apetece?

—No, Sofía, hoy no. Quiero descansar.

—Deja que te haga compañía, por favor.

—Lo siento. De verdad. Mañana, quizá.

—¿Y si pillo comida china para llevar?

—No, no vengas. En serio. Pero gracias.

Me despido sin dejar espacio para la réplica, porque sé que Sofía puede ser incansable cuando se marca un objetivo. Cuando éramos pequeñas, solía decirle que me recordaba a una lombriz: su propósito es bueno, oxigena la tierra, y posee un cuerpo escurridizo y blando capaz de colarse por grietas diminutas que otros ni siquiera advierten.

Pero deseo estar sola.

No me apetece mantener conversaciones triviales ni escuchar consejos que me sé de memoria. No quiero verme obligada a fingir un optimismo que no siento para que los demás se queden tranquilos y piensen que estoy bien, que todo va mejorando, que lo peor ha pasado. Porque no es verdad.

Hay cosas que no tienen arreglo.

La rutina me abraza cuando llego a casa: cuelgo el bolso del perchero que está detrás de la puerta, dejo las llaves en el plato de madera que hay sobre el aparador y me quito los zapatos; primero, el derecho, luego, el izquierdo. Cada pequeña hazaña cotidiana me asienta en el mundo: el crujido del suelo de madera conforme doy un paso tras otro, la corriente de aire en el pasillo por culpa de la ventana que dejé abierta horas antes en el comedor, saber que puedo moverme a oscuras en este pequeño reino porque conozco las distancias exactas y el volumen y la disposición de cada mueble.

Pongo el tapón de la bañera y abro el grifo.

Selecciono una de las listas de reproducción que me recomendó mi psicóloga. Todavía no he decidido si me horrorizan o me encantan: hay cascadas, murmullos de las hojas, lluvia incansable o pájaros que cantan. Y, a veces, solo a veces, los imagino muer-

tos. Todo plumas ensangrentadas, nidos abandonados y picos cerrados.

Me desnudo delante del espejo del cuarto de baño, e ignoro la forma cóncava de mi estómago y esas costillas que tiempo atrás se escondían y que ahora puedo contar una a una. Me meto dentro, aunque el agua está demasiado caliente. Sumerjo la cabeza y contengo la respiración. Cuando salgo a la superficie, rompo a llorar.

Víctor. Pero no solo él.

Víctor y sus ojos enrojecidos. Víctor y la camisa blanca y arrugada que llevaba por fuera de los pantalones. Víctor y la barba de una semana. Víctor y sus uñas mordisqueadas. Víctor y la ausencia de su carisma habitual. Víctor y las sombras acechándolo como mosquitos en una noche pegajosa de verano.

Víctor y el dolor.

Verlo es doloroso.

No verlo, también.

Pero...

Víctor y esa promesa de despedida.